

«Niebla» M. de UNAMUNO

Introducción: En 1914 se inicia una nueva etapa narrativa de Unamuno con la publicación de *Niebla*. Representa esta novela su **madurez intelectual**, su concepción dramática de la vida y de la ficción literaria, desarrollada más tarde en el libro *Cómo se hace una novela* (1927). En su bipolarización «ente de ficción, ente de realidad», en la duda hamletiana, en el juego del «aquí» y del «allí» hay una proyección autobiográfica: «El Unamuno de mi leyenda, de mi novela, el que hemos hecho juntos mi yo amigo y mi yo enemigo y los demás, mis amigos y mis enemigos, este Unamuno me da vida y muerte, me crea y me destruye, me sostiene y me ahoga. Es mi agonía». En *Niebla* cristaliza la teoría unamuniana de la novela (forma singular de novela) y los personajes nivolescos. En sus páginas se imbrican el problema estético del protagonista, el ontológico de la personalidad y la intromisión del autor en la acción. El protagonista, Augusto Pérez, entra en la vida desde el nebuloso mundo de las ideas; vive en la aparente realidad, en la ficción «nivolesca», en la ilusión del sueño; está dentro de la trampa de un mundo abstracto; pero el amor le descubre el «íntimo ritmo del mundo», le sirve para vencer el aislamiento de la individualización: genera su tensión agónica y el «lado agresivo entre uno mismo y los demás».

Analizaremos en el comentario la rebelión del protagonista contra el propio novelista; pero es necesario destacar, además, el significado dramático de la «niebla», de la «inmensa niebla» que emboza los incidentes humanos. La «niebla» absorbe, a veces, la personalidad de Augusto, perturba sus sentidos, acelera su circulación; es una «niebla roja» que borra su vista, que presiona sobre su pecho. En este sentido, nos encontramos, a veinticuatro años de antelación, con un precedente de *La náusea*, del existencialista francés **Jean Paul Sartre**.

TEXTO

Me miró con una enigmática y socarrona sonrisa y lentamente me dijo:

-Pues más difícil aún que el que uno se conozca a sí mismo es el que un novelista o un autor dramático conozca bien a los personajes que finge o cree fingir...

Empezaba yo a estar inquieto con estas salidas de Augusto y a perder mi paciencia.

-E insisto -añadió- en que aún concedido que usted me haya dado el ser y un ser ficticio, no puede usted, así como así y porque sí, porque le dé la real gana, como dice, impedirme que me suicide.

-¡Bueno, basta! ¡Basta! -exclamé dando un puñetazo en la camilla-. ¡Cállate! ¡No quiero oír más impertinencias...! ¡Y de una criatura mía! Y como ya me tienes hartado y además no sé ya qué hacer de ti, decido ahora mismo no ya que te suicides, sino matarte yo. ¡Vas a morir, pues, pero pronto! ¡Muy pronto!

-¿Cómo? -exclamó Augusto, sobresaltado-. ¿Que me va usted a dejar morir, a hacerme morir, a matarme?

-¡Sí, voy a hacer que mueras!

-¡Ah, eso nunca! ¡Nunca! ¡Nunca! -gritó.

-¡Ah! -le dije, mirándole con lástima y rabia-. ¿Conque estabas dispuesto a matarte y no quieres que yo te mate? ¿Conque ibas a quitarte la vida y te resistes a que te la quite yo?

-Sí; no es lo mismo...

-En efecto, he oído contar casos análogos. He oído de uno que salió una noche armado de un revólver y dispuesto a quitarse la vida; salieron unos ladrones a robarle, le atacaron, se defendió, mató a uno de ellos, huyeron los demás, y al ver que había comprado su vida por la de otro renunció a su propósito.

-Se comprende -observó Augusto-; la cosa era quitar a alguien la vida, matar a un hombre, y ya que mató a otro, ¿a qué había de matarse? Los más de los suicidas son homicidas frustrados; se matan a sí mismos por falta de valor para matar a otros...

-¡Ah, ya te entiendo, Augusto, te entiendo! Tú quieres decir que si tuvieses valor para matar a Eugenia o a Mauricio, o a los dos, no pensarías en matarte a ti mismo, ¿eh?

-¡Mire usted, precisamente a esos... no!

-¿A quién, pues?

-¡A usted! -y me miró a los ojos.

-¿Cómo? -exclamé, poniéndome en pie-. ¿Cómo? Pero ¿se te ha pasado por la imaginación matarme?, ¿tú?, ¿y a mí?

-Siéntese y tenga calma. ¿O es que cree usted, amigo don Miguel, que sería el primer caso en que un ente de ficción, como usted me llama, matara a aquel a quien creyó darle ser... ficticio?

-¡Esto ya es demasiado -decía yo, paseándome por mi despacho-, esto pasa de raya! Esto no sucede más que...

-Más que en las “nivolas” -concluyó con sorna.

-¡Bueno, basta! ¡Basta! ¡Basta! ¡Esto no se puede tolerar! ¡Vienes a consultarme a mí y tú empiezas por discutirme mi propia existencia, después el derecho que tengo a hacer de tí lo que me dé la real gana, sí, así como suena, lo que me la gana, lo que me salga de...!

-No sea usted tan español, don Miguel...

-¡Y eso más, mentecato! ¡Pues sí, soy español, español de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua y hasta de profesión y oficio; español sobre todo y ante todo, y el españolismo es mi religión, y el cielo en que quiero creer es una España celestial y eterna, y mi Dios un Dios español, el de Nuestro Señor Don Quijote; un Dios que piensa en español y en español dijo: ¡Sea la luz!, y su verbo fue verbo español...

-Bien, ¿y qué? -me interrumpió, volviéndome a la realidad.

-Y luego has insinuado la idea de matarme. ¿Matarme? ¿A mí? ¿Tú? ¡Morir yo a manos de una de mis criaturas? No tolero más. Y para castigar tu osadía y esas doctrinas disolventes, extravagantes, anárquicas, con que te me has venido, resuelvo y fallo que te mueras. En cuanto llegues a tu casa te morirás. ¡Te morirás, te lo digo, te morirás!

-Pero ¡por Dios...! -exclamó Augusto, ya suplicante, y de miedo tembloroso y pálido.

-No hay Dios que valga. ¡Te morirás!

-Es que yo quiero vivir, don Miguel, quiero vivir, quiero vivir...

-¿No pensabas matarte?

-¡Oh, si es por eso, yo le juro, señor de Unamuno, que no me mataré, que no me quitaré esta vida que Dios o usted me han dado; se lo juro... Ahora que usted quiere matarme, quiero yo vivir, vivir, vivir...

-¡Vaya una vida! -exclamé.

-Sí, la que sea. Quiero vivir, aunque vuelva a ser burlado, aunque otra Eugenia y otro Mauricio me desgaren el corazón. Quiero vivir, vivir, vivir...

-No puede ser ya..., no puede ser...

-Quiero vivir, vivir..., y ser yo, yo, yo.

-Pero sí tú no eres sino lo que yo quisiera...

-¡Quiero ser yo, ser yo! ¡Quiero vivir! -y le lloraba la voz.

- No puede ser..., no puede ser...

-Mire usted, don Miguel, por sus hijos, por su mujer, por lo que más quiera... Mire que usted no será usted..., que se morirá...

Cayó a mis pies de hinojos, suplicante y exclamando:

-¡Don Miguel, por Dios, quiero vivir, quiero ser yo!

-¡No puede ser, pobre Augusto -le dije, cogiéndole una mano y levantándole-, no puede ser! Lo tengo ya escrito y es irrevocable; no puedes vivir más. No sé qué hacer ya de ti. Dios, cuando no sabe qué hacer de nosotros, nos mata... **M. de UNAMUNO:** «Niebla»

COMENTARIO

1.- Formas del diálogo

Este FRAGMENTO del capítulo XXXI de Niebla es un buen ejemplo del predominio del **diálogo** en las novelas unamunianas. Las acotaciones (narrador) son mínimas, las imprescindibles para señalar a los personajes y aludir a sus gestos; el interés se centra en el **diálogo** y sus tensiones están condicionando la lengua empleada.

Tiene este diálogo unas características dramáticas, unos cambios de tensión que influyen en las estructuras sintácticas, en el paso del tono sentencioso y dialéctico a las cortantes expresiones coloquiales. La función fática, que mantiene la comunicación entre los interlocutores, se mezcla con las funciones referencial, emotiva y literaria.

La selección del léxico está determinada por el enfrentamiento entre el protagonista Augusto Pérez y el propio novelista, por la antítesis de sus posturas. El razonamiento exige la repetición de sintagmas verbales, preposicionales y adverbiales. Destaca, sobre todo, la funcionalidad de los verbos. La oposición entre suicidar y matar, entre la amenaza de muerte y el aferrarse a la vida, contribuye a la creación de **dos campos semánticos** radicalmente antitéticos. La decisión de don Miguel de privar de la vida a su personaje da lugar a una escala de aspectos verbales, desde las formas simples a los encadenamientos perifrásticos: «matarte», «vas a morir», «voy a hacer que mueras», «¿no quieres que yo te mate?», «¿ibas a quitarte la vida y te resistes a que yo te la quite?» Augusto, obsesionado por la idea del suicidio, al verse amenazado por su artífice, se aferra a la existencia, primero en forma interrogativa: «¿me va usted a dejar morir, a hacerme matar, a matarme?»; después, como un deseo desesperado de pervivencia: «Ahora que usted quiere matarme, quiero yo vivir, vivir, vivir»...

La estructura sintáctica se remansa, con una concatenación de proposiciones subordinadas, en los parlamentos argumentales; pero en varios momentos la lengua se recorta, toma la forma sintética de las expresiones coloquiales.

2.- Dos niveles de lengua

Unamuno enriquece constantemente la lengua con la incorporación de cultismos, de neologismos, de vocablos del campo de la cultura. No es éste un texto característico para comprobar esto; debemos destacar, sin embargo, la creación de la palabra nivola, para designar su tipo de novela. Demuestra, por otro lado, su espíritu selectivo el empleo de algunos sintagmas: «enigmática y socarrona sonrisa», «doctrinas disolventes, extravagantes, anárquicas», «ser ficticio»...; el verbo «desgarren»; los adjetivos: «insinuados», «suplicante», «irrevocable», «inquieto», «sobresaltado»...

Pero parte del diálogo cae dentro de la lengua coloquial. No se dan las expresiones propias para influir en el contrario, ya que los personajes se sirven de argumentos literaturizados. En cambio, la polémica adquiere una orientación coloquial en la utilización de oraciones unimembres, con la economía y la elisión de elementos que se sobreentienden por lo dicho antes.

Escasean, en cambio, las formas de iniciar el diálogo propias del español coloquial, destinadas a provocar la atención del oyente; quedan limitadas a la repetición de imperativos: «Mire usted»..., y el vocativo «Don Miguel».

También entran en la disputa expresiones hechas, empleadas en la lengua popular: «No hay Dios que valga»; «me da la real gana»; «lo que me salga de...»; «así como suena»; «¡Bueno, basta! ¡Basta! ¡Basta!»...

Avanzada ya la novela, el despiadado engaño de Eugenia y Mauricio deja al protagonista Augusto Pérez «perdido y confundido en sus cavilaciones». Después de su inquietante entrevista con Víctor, en el capítulo anterior, decide, poner fin a su desdicha con el suicidio. Pero antes de llevar a cabo su propósito emprende un viaje a Salamanca para conocer a Unamuno, su creador, y aconsejarse con él.

La entrevista plantea nuevas tensiones del pensamiento unamuniano: el enfrentamiento del personaje ficticio con su creador, las antítesis sueño-vigilia, independencia individual-ente

de ficción. Se discute el difícil conocimiento por parte del autor de los protagonistas que crea y la posibilidad de intervenir en su destino.

Ante la amenaza del novelista de dejarlo morir, Augusto se rebela, confiesa el deseo de matar a don Miguel. Sigue después el enfrentamiento dialéctico -la profesión de españolismo del escritor-, el ardiente deseo de vivir de Augusto y la irrevocable decisión de don Miguel.

La afirmación de españolismo de Unamuno se apoya en siete circunstancias: «español de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua y hasta de profesión y oficio». Pero la confesión se enriquece, se multiplica; es su «religión», incluso, «el cielo en que quiero creer es una España celestial y eterna»; además, se identifica, como en otras obras suyas, con «un Dios español», «el de Nuestro Señor Don Quijote», un Dios que piensa en español...

3.- Rebelión del protagonista

El planteamiento de la visita del protagonista de Niebla al novelista, en Salamanca, es un ejemplo del procedimiento llamado «novela dentro de la novela»; se adensa con un dramatismo propio de *Seis personajes en busca de autor*, de Pirandello; incorpora, por otra parte, la técnica del inglés Thomas Carlyle.

Para tener en cuenta la dramática situación de Augusto Pérez, es necesario aducir la afirmación de Unamuno, en el mismo capítulo XXXI; no puede matarse, porque no está vivo; no está vivo ni muerto, porque no existe: «No, no existes más que como ente de ficción; no eres, pobre Augusto, más que un producto de mi fantasía y de las de aquellos de mis lectores que lean el relato que de tus fingidas aventuras y malandanzas he escrito yo; tú no eres más que un personaje de novela, o de nivola...»

Pero Augusto se rebela contra las trabas del escritor; en primer lugar, le niega que pueda impedirle que se suicide. A continuación, se rebela contra la posibilidad de que lo mate; se independiza, debate el pensamiento de su creador, se coloca a su mismo nivel, llega a desear su muerte.

Cuando don Miguel toma la decisión de matarlo, Augusto se resiste; reivindica su propia existencia, y en la inanidad de esta existencia pide clemencia: «Ahora que usted quiere matarme quiero yo vivir, vivir, vivir.»

El «supremo esfuerzo de pasión de vida, de ansia de inmortalidad», de «ser yo, yo, yo», tiembla en la súplica. Más adelante, después de este fragmento, el protagonista llega a la amenaza:

«No quiere usted dejarme ser yo, salir de la niebla, vivir, vivir, verme, oírme, tocarme, sentirme, dolerme, serme: ¿Conque no lo quiere? ¿Conque he de morir ente de ficción? Pues bien, mi señor creador don Miguel, también usted se morirá, también usted, y se volverá a la nada de que salí... ¡Dios dejará de soñarle!..»